

Así el grave Epicuro lo decía
Padre de la verdad : que en esto solo
La vida de los dioses consistía.

De estos dos poetas no debemos separar á Lucrecio, que de propósito cantó en latin los impíos dogmas del filósofo griego, á quien ensalza y tributa altísimos elogios en su poema, tan excelente en el artificio y pureza del estilo, como pésimo en la doctrina. Bayle¹ no puede perdonar al P. Briet² hubiese tachado á Lucrecio de *corrompidísimas costumbres*, y que dijese las *había manifestado claramente en sus versos*. Confiesa que expresó algunas cosas, que el rubor natural debería ocultar, en términos obscenísimos; mas pretende excusarle con los tratados que se escriben de medicina; y en seguida deja correr libremente su pluma por las mismas obscenidades en que tan frecuentemente se saborea, y forman la materia de sus escritos. Nosotros, por no entrar en tal contienda, daremos con sumo gozo la causa por vencida.

mente á sus vicios, llegó á ser uno de los mas íntimos confidentes (de Neron), y como el intendente de sus placeres. No hubo uno de cuantos gustó Neron, de que no fuese el árbitro Petronio. Esto excitó la envidia de Tigetino, que no sufría competidor en materia de placeres : por lo que excitando la crueldad, que era la pasión dominante del Principe, sobornó á un esclavo, que acusó á Petronio de haber tomado parte en la conjuración de Scevino. Condenósele sin oírle : su familia fué toda arrestada, y él preso junto á Cumas. El César se habia ido á Campania, y él no se apresuró á quitarse la vida. Se hizo abrir las venas, y que se las ligasen para poderlas soltar luego : dijo á sus amigos algunas palabras, pero ninguna que diese indicio de varon constante. Hizo que le leyesen un rato, no de la inmortalidad del alma, ó algunas sentencias de los sabios, sino versos voluptuosos. Repartió dones á algunos de sus esclavos, á otros hizo apalearse. Se paseó un poco, durmió, para que la muerte, aunque violenta, pareciese voluntaria y natural. En el testamento no aduló á Neron, ni á Tigelino; pero envió escritos y sellados á aquel Principe todos sus desórdenes y suciedades con sus deshonestas maneras en nombre de los eunucos y concubinas, y rompió el sello para que no usase otro de él. » Hé aquí un hombre virtuoso á la epicúrea.

¹ *Diccion. crit.*, art. Lucrecio.

² De poet. lat. *Scriptores omnes conveniunt de turpissimis Lucretii moribus, quos nimis prodidit in suis versibus.*

Bástanos advertir que Lucrecio en el principio de su poema nos pone en estado de decidir lo que verdaderamente entendia la escuela de Epicuro por nombre de deleite (sobre cuyo punto tanto se indignaba Ciceron cuando se le objetaba que no lo sabia), dando desde luego aquel poeta esta prerogativa, no á la virtud, á la tranquilidad ó dulzura del corazon, sino á la *diosa Venus*, cuyo mérito y poder canta con voces dignas de su escuela. Todos estos, dejando otros innumerables, fueron los discípulos de aquel filósofo *ejemplar*, á quien Bayle ensalza tanto, y con el juntamente á su escuela. Esta fué la moral teórica y práctica de aquella gente, que hollaba la Religion, y negaba la existencia de los Dioses. Es pues un infeliz efugio del citado filósofo de Rotterdam decir que con sus vicios han deshonrado esta secta, y que no se hicieron viciosos en su gremio. Creemos muy bien que cualquiera que se dedica á profesar la impiedad, ya tiene corrompido el corazon; pero decimos tambien que en esta escuela deben empeorar siempre mas y mas, y hacerse malos por sistema, los que antes lo eran solo por el ímpetu de las pasiones. Todo esto se ha dicho para responder á Bayle, que nos opone á Epicuro como el mas ejemplar de todos los filósofos antiguos, y como prueba perentoria de la virtud de los que no admiten Religion.

CAPÍTULO IX.

Carácter de los Saduceos. Sucesos de Vanini opuestos por Bayle como un argumento de la virtud de los ateistas.

1. *Bayle quiere hacernos creer á los Saduceos distintos de lo que eran. Carácter que nos dan de ellos los antiguos.*

No debemos pasar en silencio otros dos ejemplos que presenta Bayle en prueba de la virtud é inocencia de los impíos, por cuanto nos parece que él los ofrece con

cierta complacencia, tanto mas vana cuanto menos fundada. El uno es antiguo, y el otro podemos decir que moderno. Aquél es el de los Saduceos, y este el de Vanini. Véase como habla de los primeros: «Hubo¹ entre » los Judíos, dice, una secta que negaba abiertamente » la inmortalidad del alma. Esta era la de los Saduceos. » Sin embargo no hallo que con una opinion tan detestable hayan tenido una vida mas corrompida que los » otros Judíos. Al contrario es muy verosímil que fueran mas honestos que los Fariseos, que tanto se preciaban de la observancia de la ley de Dios.» Este argumento contiene dos errores: uno en las *premisas*, y otro en la *consecuencia* que se pretende deducir de ellas. El error de las *premisas* es un error de hecho. Para convencernos de ello basta tomar en la mano al historiador Josefo, quien, en el lib. 2 de la *Guerra judáica*, cap. 8, da una idea bien distinta de la doctrina y costumbres de las tres sectas famosas entre los Judíos, esto es, de los *Esenos*, de los *Fariseos* y de los *Saduceos*. De los *Esenos*, dice que son los mejores de todos. Describe largamente sus ejercicios de piedad, su pudicia, su religion, y especialmente la constancia con que, por no quebrantar las leyes paternas, sufrieron bárbaros tormentos, y la muerte misma; dando á mas de eso á entender el historiador que esta constancia nacia en ellos de la persuasion de la inmortalidad del alma, y de las penas y premios de la otra vida, cuya persuasion, sigue el eruditísimo Josefo, era comun á los *Esenos* con los Griegos, los cuales creian preparados despues de la muerte castigos á los malos, y gozos y premios á los buenos. Despues de haber expuesto largamente la disciplina y costumbres de estos, pasa á tratar de las doctrinas y del tenor de vida de los *Fariseos* y de los *Saduceos*, y concluye el capítulo hablando de unos y otros en estos términos: «Los Fariseos son gente tratable, y á quienes agrada la reciproca benevolencia. Mas los Saduceos son de unas costumbres brutales, que aun á los de su misma secta tratan como si fueran extraños².»

¹ *Pens. divers.*, § 174.

² *Joseph., De bello jud.*, lib. 2, cap. 8.

Este mismo carácter de los Saduceos nos da Eusebio en su *Historia eclesiástica*, cuando, hablando de Anano, Pontífice hebreo en el tiempo de Neron, dice: Que este hombre en extremo audaz y temerario era de la secta de los Saduceos, los cuales, añade, en sus juzgados exceden en crueldad á todos los otros Judíos¹. ¿Cómo puede, pues, Bayle asegurar que los Saduceos no estaban mas corrompidos que los otros Judíos? Con los *Essenos* ni aun pueden compararse. Eran tambien menos honrados que los Fariseos, puesto que, cultivando estos la humanidad y el amor reciproco, aquellos eran tan bárbaros, inhumanos y crueles. Willemeró, en una Disertacion² acerca de los Saduceos insiste mucho en sus malas costumbres, y además de acusarlos de crueldad, les da el elogio de Horacio: *Epicuri de grege porcos*; suponiéndolos perdidos y corrompidos aun por lo respectivo á la honestidad. Bayle se empeña en defenderlos en su *Diccionario*, y no consiente que de modo alguno se les acuse de tal delito, no habiéndoles acusado de él Josefo; y aun debiéndose inferir que no eran voluptuosos por el carácter de fiereza que les atribuye. «Porqué es constante, dice, » que³ los hombres voluptuosos son muy descendientes » tes unos con otros, y solo piensan en multiplicar las » delicias de su trato, separando de él lo que puede disminuir las. » ¿Mas quién no ve la futilidad de este argumento? Es necesario no haber leído las historias para ignorar cuán frecuentemente á una gran fiereza se junta la mas desenfadada lujuria. El cumplimiento que hacia⁴ Calígula á sus amigas no es el único ejemplo que tenemos de este monstruoso conjunto⁵. Mas esto nos importa poco, ni queremos empeñarnos en el proceso de los Saduceos sobre impureza. Para desmentir á Bayle, que niega haber sido de costumbres mas corrompidas que los otros Judíos, basta decir, con la autoridad de Josefo y de Eusebio, que eran de costumbres atroces y crueles, peores no solo que los *Esenos*, sino que los

¹ Eusebio, *Hist. ecl.*, lib. 2, cap. 23.

² *Dissert. philos. de Saduceis.*—³ *Dic. crit.*, art. *Saduceos*.

⁴ Sueton., in *Calig.*, cap. 33.

⁵ Léanse en el t. 1 de la *Bibl.*, p. 343 y 358, la crueldad junta con la voluptuosidad de los modernos filósofos revolucionarios.

Fariseos mismos¹. ¿Y no es una frase tan mal entendida como repetida por los espíritus fuertes, llamar á la amistad *virtud divina*²? ¿No acostumbran ellos con este motivo celebrar tanto á Epicuro, y lisonjearse de cultivarla por sí mismos con zelo? Hé aquí pues á los Saduceos enemigos jurados de esta divina virtud: hombres crueles y feroces, no menos entre sí que con los extraños: gente tambien, como la llama el célebre rabino Abraham Zachut, citado por Drusio³, *impía y manchada con pésimas costumbres*. ¿Qué mas se necesita para tenerla ciertamente por perversa y corrompida?

II. *Aun admitida la virtud de los Saduceos, no puede sacarse de ella argumento en favor de los ateistas, los cuales no tienen los mismos principios que aquellos.*

Las *premisas* pues, ó el antecedente de este argumento tomado de las costumbres de los Saduceos, no se aviene con la verdad de la historia. Pasemos á la consecuencia que quiere deducir de ellas, y veremos que falta á la exactitud del raciocinio. Del ejemplo de virtud de los Saduceos, no obstante su errónea opinion de la mortalidad del alma, se pretende deducir que hombres sin religion pueden ser honrados y virtuosos. Mas esta consecuencia, aun cuando fuese el antecedente verdadero, no es legítima: porque los Saduceos podian tener motivos ó estímulos para la virtud de que carecen los ateos y los deistas. Y en efecto era así. Es cierto que los Saduceos negaban las penas y premios eternos de la otra vida, pero creian que Dios recompensaba la observancia de su ley con premios, y castigaba su violacion con penas temporales, como por medio de Moisés lo habia expresado él mismo en el Pentatéuco, venerado como un libro divino, y entendido literalmente por los Saduceos. Hé ahí un estímulo, en virtud del cual aquellos hombres

¹ Mossem., en su *Comentar. de rebus christian. ante Constant. Magn.*, Prolegomen., cap. 2, § 12. Véase en el mismo autor lo que dice de la *Voluptuosidad saducea*.

² Collins, *Discours de la liberté de penser*, 189.

³ *De tribus sectis Judæorum*, lib. 3, cap. 12.

carnales podian aplicarse á los deberes de la piedad, segun piensan Juan Gerardo Vosio¹, y Juan Lightfoot², y el mismo Bayle lo concede en el *Diccionario*. «Esta» opinion, dice, parece suficientísima para servir de es-» puela y de freno: ella puede excitar al bien con la es-» peranza de la utilidad terrena, y reprimir la inclinacion al mal por el temor de los castigos temporales³.»

III. *Disúelvense los argumentos pirronianos de Bayle en esta materia.*

En esto pueden todos conocer que el ejemplo de los Saduceos, de que usó este filósofo en los *Pensamientos diversos*, nada sirve para probar la virtud de los ateos y de los deistas, en quienes no hay los motivos que en aquellos. Sin embargo Bayle piensa muy de otro modo: despues de haber probado que las vicisitudes terrenas podian servir á los Saduceos de *estímulos bastantes, y aun mas eficaces que la doctrina de los bienes y males futuros*, para hacerles vivir honestamente; poco despues con su lógica pirroniana da por tierra con esta asercion, y presenta como mas profundo el parecer de los que creen que⁴ «la verdadera y principal fuerza de la Religion relativamente á la virtud, consiste, generalmente» hablando, en la persuasion de la eternidad de las penas y de los premios eternos; y por tanto que, quitado el dogma de la inmortalidad del alma, falta el estímulo mas eficaz y mas fuerte que tiene la Religion.» Lo cual trata de confirmar con varias razones. A nosotros para estrecharle nos basta por ahora esta bien sencilla. Si la doctrina de la inmortalidad del alma es el estímulo mas fuerte y eficaz que tiene la Religion para inducir á los hombres á la virtud; ¿porqué en tantos lugares de sus obras nos quiere hacer creer inclinados á ella á los impíos, que se mojan y carecen de aquel estímulo poderoso? Añadamos mas y prevengamos la respuesta. Si la persuasion de que un Dios omnipotente y supremo gobernador premia tem-

¹ *De Theolog. Gentil.*, lib. 1, cap. 10.

² *In Acta Apostol.*, cap. 23.

³ *Dic. crit.*, art. *Saduc.* — 4 *Ibid.*

poralmente á los buenos y castiga á los malos, no es motivo capaz para inducir á la virtud á un Saduceo que niega la inmortalidad del alma, ¿cómo se podrá creer hayan de vivir virtuosamente aquellos en quienes, negada toda Religion, no hay otros motivos que el temor al Príncipe, el deseo del aplauso y otros semejantes? No sé qué se pueda responder. Mas oigamos como termina esta cuestion el gran escéptico; y el sabio lector formará el justo concepto del carácter de este hombre nacido verdaderamente para esparcir tinieblas sobre la verdad. «Para terminar la cuestion¹ digo no se puede negar, que » en el caso de estar un hombre íntimamente persuadido » á que la Justicia divina distribuye las penas y las recom- » pensas solamente en esta vida, y que con ella finaliza » nuestro destino, él no puede abstenerse del mal é in- » clinarse al bien por motivo de Religion. » No necesitamos mas para concluir; porque en efecto, si en los Saduceos en virtud de su sistema hubo algun estímulo capaz de llevarlos á la virtud, el cual no hubo en los deistas ni en los ateistas, luego el ejemplo de los Saduceos que alega Bayle, nada sirve para probar la probidad y virtud de los impíos. Pero pasemos adelante. Sigue pues²: « Al » mismo tiempo es necesario decir, que hay tan poca » probabilidad de que semejante sentimiento tenga al- » guna fuerza contra la depravacion de nuestra natura- » leza, que hay fundamento para sostener que la secta de » los Saduceos destruía el verdadero apoyo de la Reli- » gion, y la buena conducta de un Saduceo puede contarse » como un ejemplar de la combinacion y union de la ho- » nestidad moral y de la impiedad. » ¡Qué mezcla de verdadero y de falso, de cierto y de incierto! ¡Y como dolosamente confunde y derrama, y esparce nieblas sobre lo mismo que estaba ya entendido! Tratemos de aclararlo y sacar las legítimas consecuencias. « Hay poca proba- » bilidad, dice, de que un sentimiento semejante tenga » alguna fuerza contra la depravacion de nuestra natura- » leza. Es bien seguro. Hay fundamento para sostener » que la secta de los Saduceos destruía el verdadero » apoyo de la Religion. » Tambien se admite. ¿Mas cuál

¹ Dic. crit., art. Saduc.— ² Ibid.

es la ilacion natural de estas premisas? No otra sino que es probabilísimo lo que habíamos dicho con la autoridad de Josefo, esto es, que los Saduceos eran hombres perversos y corrompidos, como en quienes la persuasion de los castigos y de los premios temporales no habria tenido fuerza contra la depravacion de la naturaleza; y aun es probabilísimo tambien que hayan sido mas depravados que los otros Judfos que tenian el *verdadero apoyo de la Religion*, esto es, la doctrina de la inmortalidad del alma y de los premios y castigos de la otra vida. Esta es la conclusion natural y legítima de aquellas proposiciones: y si ello es así, la adición de Bayle de que *la buena conducta de un Saduceo puede pasar por una especie de ejemplar de la union de la virtud moral con la impiedad*, contiene un falso supuesto, desmentido en lo que toca al *hecho* por la autoridad de Josefo, y confutado en cuanto al *derecho* con sus mismas palabras, y con lo que tenemos ya demostrado. Acaso nos hayamos detenido mas de lo justo sobre un punto de poca importancia: pero servirá á lo menos para que el que no ha tenido la buena ó mala suerte de leer las obras de Bayle, entienda cuál es el genio de su pluma. Él está en un continuo movimiento, como hemos dicho otras veces, de edificar y de destruir: siempre tiene prontas razones para el *si* y el *no* en toda materia: mas de tal manera, que al fin de la disputa la causa de la verdad y de la Religion quede por lo comun ó vendida ó confusa, y el lector incauto envuelto en la red sin advertirlo.

IV. *Ventajosa idea que da Bayle de las costumbres de Vanini, desmentida con contrarios testimonios, y por sus escritos.*

Pasemos al otro ejemplo que opone el filósofo de Rotterdam; y aquí tambien nos lisonjemos, que donde pretende hallar argumento en favor de su injusta causa, hallará el lector una nueva y luminosísima prueba de la verdad que tratamos, y es: *que la corrupcion del corazón es el manantial y el carácter inseparable de la impiedad*. Demos el texto de Bayle¹: « El detestable Vanini²,

¹ Pens. divers., § 174.

² Lucilio Vanini, del pais de Otranto, en la Italia, se dedicó desde

» que fué quemado en Tolosa á causa de su ateismo el año
 » 1619, habia sido siempre arreglado en sus costumbres,
 » y cualquiera que hubiese tomado el cargo de hacerle un
 » proceso criminal sobre otra cosa que sobre sus dogmas
 » ó creencia se habria expuesto al peligro de quedar con-
 » vencido de calumniador. » ¿Y cuáles son las pruebas
 que produce Bayle de este hecho; de qué autores ha to-
 mado esa noticia de las regulares costumbres de aquel ateo
 infeliz? Ninguna: solo aquel aire de intrepidez y tono
 decisivo con que dice lo que quiere. Este hombre, que
 con los otros se muestra un crítico tan severo, quiere que
 nosotros por solo su dicho quedemos persuadidos de un
 hecho acaecido cerca de un siglo antes que él lo escribiese.

un principio con ardor á la filosofía, medicina, y á la astrologia ju-
 diciaria, cuyos sueños adoptó. Despues de andar vagando de incer-
 tidumbre en incertidumbre, se sumió en el ateismo; y aun de vuelta
 de Padua, donde hizo sus estudios, á Nápoles, formó, segun el
 P. Mersenne, el extraño proyecto de ir con doce compañeros de sus
 impiedades á predicar el ateismo por el mundo. De cualquiera ma-
 nera que esto haya sido, él recorrió la Alemania, los Países-Bajos,
 la Holanda; de allí pasó á Ginebra, y de Ginebra á Leon de Francia,
 de donde se vió obligado á refugiarse en Inglaterra para evitar la
 prision. De Inglaterra volvió á Ginebra, procuró inficionar la ju-
 ventud con sus monstruosos principios, y este frenético proseli-
 tismo le hizo volver á Leon de nuevo. Corrió otra vez la Italia, y
 volviendo en seguida á Francia, dicen, tomó el hábito de religioso
 en la Guyena; pero nadie señala la órden. Si lo fué, sus excesos lo
 hicieron arrojar de su monasterio, y se salvó en París. Allí publicó
 sus monstruosos Diálogos *De admirandis naturæ.... arcanis*, los
 cuales censurados por la Sorbona, hubo de abandonar tambien la
 capital. De ciudad en ciudad, y siempre el mismo, es decir, de un
 entendimiento extraviado y un corazon corrompido, se fijó en To-
 losa, donde habiendo tenido sagacidad para introducirse en la
 casa del primer presidente, empezó á imbuir á sus hijos en el
 ateismo. Probados sus delitos, fué condenado á cortarle la lengua, y
 entregado á las llamas el 1619, á la edad de treinta y cuatro años.
 Tiene algunas obras mas ó menos descubiertamente impías; pero
 en sus *Diálogos* hallan los impíos y libertinos con que satisfacer
 su irreligion y lascivia. El treinta y nueve sobre el *Matrimonio* es
 de una licencia desenfrenada, y lo mismo el cuarenta y ocho: en ellos
 expresaba sus costumbres. M. Joly dice que corrompió á su propia
 hermana, y vivió con ella largo tiempo en este comercio incestuoso.
 La compañera mas natural de la impiedad es la lujuria. Solo un
 Bayle podía tomar la defensa de semejante hombre.

Examinemos pues los monumentos de aquel tiempo, y
 veamos si concuerdan con él. Bartolomé Gramond, que
 era entonces presidente en Tolosa, y á cuya vista pasó
 la escena trágica del impío Vanini, la escribe en el libro
 3º de su historia; y hablando en ella de las costumbres
 de Vanini, dice así: « Yo lo ví en la prision, lo ví en
 » el patíbulo, y lo habia visto antes que estuviera preso.
 » Cuando estaba en libertad era un perverso que anhe-
 » laba siempre por deleites: en la prision se fingió ca-
 » tólico; y en los últimos instantes, privado de los
 » auxilios de su filosofía, murió como un mentecato. »
 Hasta aquí Gramond, de quien como escritor y testigo
 gravísimo tendremos ocasion mas adelante de referir
 otros testimonios que formarán el verdadero y completo
 retrato de Vanini. El autor de la vida de este impío, im-
 presa en Roterdan en 1717², copia sobre el punto de
 sus corrompidas costumbres un pasaje del célebre
 P. Merseno, el cual vivia cerca de aquel tiempo en París,
 y en su *Comentario sobre el Génesis*, hablando de los
 ateos, dice estas palabras: « Muchas veces oírás afir-
 » mar á estos que nunca obran contra su conciencia,
 » que siguen en todo las luces de la razon, y antes quer-
 » rian morir que perjurar y engañar á otro. Sábeta que
 » mienten; porque no se puede encontrar un hombre
 » peor que un ateo; y lo pudiéramos probar con el
 » ejemplo de Vanini, el César de todos ellos, el cual,
 » por no parecer adúltero, quiso mas ser *CATAGIGO-*
 » *NÉSEROS*, aunque antes habia entrado en una con-
 » gregacion santísima, la cual al punto lo arrojó de sí
 » como á verdadero monstruo. » Al testimonio de Mer-
 seno añade el citado autor de la vida de Vanini otros
 largos pasajes sacados del P. Garasa en su obra intitu-
 lada *Doctrina curiosa*, escrita contra los libertinos, en los
 cuales se hace una pintura odiosísima de las maldades
 de aquel impío. Mas á nosotros, principalmente contra
 Bayle, que ningun monumento produce de la virtud de
 su ateo, nos bastan los testimonios alegados, en especial

1 Bartol. Gramond, lib. 3 *Historiæ Gallia*.

2 *La vida y opiniones de Lucio Vanini*.

3 Mersen., *Comment. in Genes*.

el del presidente Gramond, historiador en quien parece se hallan todas las prendas para merecer crédito sobre este punto, como que fué testigo de vista y de oídas, no tenia motivo alguno para mentir, y cuya dignidad y condicion no nos deja arbitrio para dudar de su buena fe. Así es que comunmente le siguen los que tratan de aquel ateo; entre los que pueden contarse Antonio Reiser, *Origin. progres. et increm. atheism.* (pág. 246), el autor de la vida ya citado, y el P. Nicéron (tomo XXVI), omitiendo á Schramnio, La Cruz y otros citados por Budeo (*Tratado del ateismo y de la superst.*, cap. 1). Á la autoridad de los testigos en orden á las perdidas costumbres de Vanini, se añade otra prueba sin réplica; y son sus *Diálogos llenos de obscenidades y de rasgos profanos, que hacen muy verosímil la acusacion*, dice¹ el autor de su vida, en la cual para prueba copia algunos trozos, que muestran el torpe genio é indecentes costumbres de aquel infeliz.

V. *Heroismo de Vanini celebrado por Bayle como mártir del ateismo: se confuta con los principios sentados por él en otra parte.*

Si á lo menos se hubiera contentado Bayle con la pretension de eximir á Vanini de la tacha de malvado, sin proponerse impiamente á ensalzárnoslo cual *mártir del ateismo*², fuera tolerable; pero él lo describe como un héroe lleno de ideas de honestidad; pronto por el amor soberano de la virtud á hollar no solo todo placer y ventaja temporal, sino á perder la misma vida. Copiaremos el pasaje, para que se vea no exageramos. « Cuando reflexiono, dice³, que el ateismo ha tenido » mártires, ya no dudo que los ateos se formen una idea » de virtud que tiene mas fuerza sobre su espíritu, que » lo útil y lo deleitable. Porque ¿ de dónde procedió que » Vanini se pusiese indiscretamente á dogmatizar de- » lante de personas que le podian delatar á la autoridad » pública? Si no pretendia mas que su utilidad perso-

1 El autor de la *Vida*, pág. 209. — 2 Bayle, *ibid.* — 3 *Ibid.*

» nal, debiera contentarse con gozar tranquilamente de » una perfecta seguridad de conciencia, sin cuidar de te- » ner discípulos: si quiso pues hacerse cabeza de parti- » do, y librar á los hombres del miedo del infierno, del » cual los creía eran sin razon molestados, señal es de » que se juzgó obligado á hacer á sus prójimos este » servicio; y pensó era obra de virtud trabajar en favor » de nuestros semejantes no solo con algun detrimento » propio, sino aun tambien con peligro de la vida. » Verdaderamente no me puedo persuadir que Bayle cuando escribia estos pensamientos se figurase trabajaba para otra especie de lectores, que para jóvenes corrompidos é ignorantes, á quienes, para confirmarse en un grato error, deberian parecer hermosos y exactos unos sofismas tan patentes. Era imposible (á no haber perdido el juicio), que no viese la falsedad de lo que decia. Pero expliquemos ya este heroismo *Vaniniano*, y no con otras teorías y razones que con aquellas mismas que Bayle, escribiendo en otra ocasion menos acalorado, descubre el manantial de donde los libertinos proceden á extender la impiedad ó el ateismo. Explícalo él así en su *Diccionario*: « Es bien probable, dice, que los que » afectan en las concurrencias combatir las verdades mas » comunes de la Religion, dicen mas de lo que pien- » san. En sus disputas hay mas de vanidad que de per- » suasion. Se imaginan que la singularidad y lo atrevido » de las opiniones que sostienen, les merecerá el con- » cepto de espíritus grandes.... se forman pues poco á » poco un hábito de hablar impiamente; y si la vida vo- » luptuosa se une á su vanidad, corren mas veloces aun » por este camino. Este perverso hábito contraido por » una parte bajo los auspicios del orgullo, y por otra » de los de la sensualidad, debilita la impresion de la » educacion, adormece el sentimiento de la verdad » aprendida en la infancia en orden á la Divinidad, al » cielo ó al infierno; pero no es esta una fe extinguida, » es solamente un fuego oculto bajo la ceniza. Así es » que ellos sienten su actividad cuando entran en sí » mismos, y especialmente á la vista de algun peligro... » Entonces llegan hasta la supersticion: la memoria de » haber mostrado mas desprecio de las cosas santas que

» lo que sentian, y haber procurado por ese medio sa-
 » cudir interiormente el yugo de la fe, redobla su in-
 » quietud. Casi nunca se ha visto que un hombre grave
 » apartado de los deleites y vanidades de la tierra, se
 » haya empeñado en predicar la impiedad. »

¿Qué se hizo pues, á dónde se fué tan en breve aque-
 lla virtud heroica de Vanini, aquella idea soberana de
 la virtud, y aquel amor desinteresado y sincero que le
 hacia trabajar por sus semejantes, para librarlos del
 miedo del infierno, con que sin razon los creia estar
 atribulados? Tales propósitos son despropósitos y extra-
 vagancias, se responde Bayle á sí mismo: un hombre
 grave y ajeno de deleites y de vanidad no se mete á
 hacer la guerra á Dios, ni inspira á otros la audacia de
 pisar las leyes y blasfemar de la Majestad. Bien. Luego
 Vanini era un espíritu excesivamente orgulloso; era un
 malvado, ansioso de deleites. Efectivamente, estos son
 los caracteres con que le distinguen los autores. Y por
 tanto, bajo los auspicios ya del orgullo, y ya de la sen-
 sualidad, se introdujo á hablar impiamente sobre las
 materias mas santas, procurando de este modo adquirir
 fama de espíritu grande, y sacudir, si fuese posible, á
 fuerza de repetidos sofismas el yugo de la Religion, que
 se hacia insoportable á sus viciosas costumbres. Esta era
 la causa de su charlatanismo, y de sus *trabajos en bene-
 ficio de sus semejantes*; á saber, el deseo de adquirir re-
 putacion y fama, y procurar, sino convencerse plena-
 mente á sí mismo, á lo menos afirmarse en la impiedad,
 viendo que otros la abrazaban.

VI. *Qué causa pudo mover á Vanini á esparcir la im-
 piedad.*

No se me diga (siguiendo el argumento de Bayle) que
 Vanini diseminaba el error aun entre personas que po-
 dian delatarle á la autoridad pública; lo que parece de-
 notaba en él una fortaleza heroica. Este no es un he-
 roismo mayor al del que viola el tálamo ajeno, sabiendo
 que puede ser cogido *in flagranti*, y atravesado del pu-
 ñal vengador del honor ultrajado; ó el del que habla
 mal de un Príncipe delante de los que pueden delatarle,

y mover su indignacion contra él. Así como el amor ó
 la ciega imprudencia vence en estos al temor del peli-
 gro; así la vanidad y la relajacion en el impío de que
 hablamos, le hacian imprudente y audaz en sus blasfe-
 mias. Á esto deben añadirse los aplausos y aproba-
 cion de los amigos, y la impunidad de tantos otros per-
 versos que aumentaban su satisfaccion, y á lo menos en
 su fantasía le aseguraban de todo temor. Esta era la
 causa de la altanería de Vanini, y lo es hoy de la petu-
 lancia de nuestros incrédulos á vista de la misma espada
 que puede castigarlos, y no el vano amor de probidad
 que soñó Bayle, ó aquel impertinente escrúpulo de es-
 tar obligados á hacer al género humano el importante
 servicio de que fuese, como ellos son, impío y corrom-
 pido.

VII. *Cuál y cuán diversa fué la última escena de Vanini
 de como Bayle la representa.*

Mas no ha llegado todavía el grande abogado de los
 ateos á la accion mas ilustre de su héroe, por la que le
 da el nombre de *mártir del ateismo*: aquí es en donde
 emplea los colores mas vivos de su elocuencia, á fin de
 dar un aspecto sublime y glorioso á lo que en realidad
 no fué menos trágico, que torpe y vil. Oigámosle: « ¿Mas
 » de dónde viene¹ que él (Vanini) no engañó á sus jue-
 » ces, y prefirió morir entre los mas dolorosos tormen-
 » tos á una retractacion, que segun sus principios no le
 » podia traer perjuicio alguno en el otro mundo. ¿Por-
 » qué no aparentó estar ya desengañado, puesto que no
 » creia hubiese un Dios que le prohibiese esta hipocre-
 » sia? No se podrá pues negar que la razon sola, sin el
 » conocimiento expreso de Dios, es capaz de inducir á los
 » hombres á la virtud directa ó indirectamente cono-
 » cida². »

Nada seria mas fácil que negar esta ilacion, aunque
 los antecedentes fuesen verdaderos, pudiendo suceder
 muy bien que una especie de manía y de furor ó un or-
 gullo ciego y excesivo, y no un verdadero amor de la

¹ *Diccion. crit.*, art. *Desbarreaux*.

² *Pens. divers.*, § 182.

virtud, haga obstinado á un impío hasta el punto de perder la vida antes que renunciar á los errores que ha enseñado y pertinazmente defendido. Y en efecto creemos que de ahí puntualmente nació, no la constancia, sino la obstinacion brutal de aquel Mahomet Effendi, que en el martirologio de Bayle es el segundo héroe despues de Vanini, y el cual en Constantinopla continuó blasfemando como impío hasta en el mismo patíbulo. Mas en el caso de nuestro preconizado héroe las premisas enunciadas, y la referida constancia é intrepidez de Vanini, todo es falso. « ¿Porqué, dice Bayle, no hizo delante de los jueces una retractacion? ¿Porqué no se fingió desengañado? ¿Porqué no se hizo hipócrita? » Puntualmente todo eso lo hizo para librarse de los tormentos y de la muerte. Véase sino el testimonio de Gramond¹: « Acusado este hombre de corromper la juventud con sus nuevos dogmas, fué puesto en prision. Fingiendo entonces ser católico, se disfrió el castigo merecido... » Conducido á presencia del senado para oír sus sentencias, y preguntado qué pensaba acerca de Dios, respondió, que le adoraba uno y trino como la Iglesia católica... Despues habiendo tomado una paja del suelo y extendiendo la mano hácia los jueces, esta paja, dijo, me obliga á creer que hay Dios. » En efecto, de la existencia de aquella paja dedujo y formó allí el argumento de la existencia del divino Criador, como el mismo historiador refiere. Celébreos ahora Bayle su heroico mártir del ateismo, y su invicta constancia en la impiedad. ¿Qué puede responder á la narracion de tal testigo? Mas de nada le valieron estas protestas al infeliz Vanini para evitar la muerte. Dios, tan ofendido y blasfemado de él, quiso que fuese castigado aun en este mundo. Y entonces fué cuando, abandonándose al furor, soltó la rienda á su blasfema lengua, y con aire de ferocidad quiso lisonjearse de morir como filósofo, es decir, intrépido é imperturbable. « Pero en vano (sigue el historiador) se lisonjeara de morir imperturbablemente, » habiéndole visto nosotros tan abatido, que daba malas muestras de aquella filosofía de que se preciaba. En

¹ Gramond, lib. 3.

» los últimos instantes, y próximo á la muerte, su aspecto era horrible y feroz, su espíritu se veia embrazado y sus palabras testificaban la angustia que le agitaba. Y aunque de tiempo en tiempo gritase que moria filosóficamente, ninguno negará que acabó como una bestia¹. » Hasta aquí el gravísimo historiadador.

VIII. Reflexiones sobre la condenacion de Vanini.

No se nos oculta hubo algunos que pretendieron decir que Vanini fué injustamente condenado por sola la aversion de los Monjes, aunque él fuese inocente sobre el punto del ateismo. Tal es la opinion de Gofredo Arnoldo², y especialmente del autor de la *Apologia á favor de César Vanini*³ impresa en 1712. Mas es bien sabido que esta es la acostumbrada cantinela de los enemigos de la Religion ortodoxa, los cuales para condenar sus máximas y juicios no se avergüenzan de tomar la defensa de los mismos ateistas que ha castigado. Mas como nuestro designio no nos empeña al presente en este exámen, nos bastará citar un juez nada sospechoso, cual es Francisco Budeo; el cual, además de Daniel Morosio, quien asegura que los Diálogos de Vanini están llenos de ateismo, pronuncia esta sentencia: « Para decir la verdad⁴, el veneno del ateismo me parece estar » esparcido en estos dos libros, aunque todavía mas en los Diálogos que en el Anfiteatro; » y da las pruebas con los textos de uno y otro. Este mismo es el dictámen de otros doctos protestantes, y cada uno puede certificarse por sí mismo, si quiere tomarse la pena de ojear aquellos infames escritos. Mas en cuanto al tenor de su causa, y á la cualidad de la sentencia fulminada contra él, no es del caso hablar aquí, ni pertenece á nuestro asunto.

¹ *Ibid.*

² *Historia hæres.*, p. 2, lib. 16, cap. 16.

³ *Apolog. pro Cesare Vanino.* Casmopol., 1712.

⁴ *Buddæus, Tratado del ateismo y de la superst.*, cap. 1, § 24.

IX. *Epílogo de este argumento, y confirmacion de lo dicho en los capítulos anteriores.*

Pero volvamos á hablar con Bayle y recapitemos en breve todo lo dicho hasta aquí. 1º Lucilio Vanini, reconocido por ateo (á lo menos en sus doctrinas) por Bayle, y por todos los escritores que han hecho mencion de él, según el testimonio de quien le conoció, fué un *malvado, ansioso siempre de placeres*; luego lo que Bayle dice de sus regulares costumbres es falso. 2º Vanini diseminó entre jóvenes disolutos la impiedad; lo que por confesion de Bayle no es propio de un *hombre grave y enemigo de los deleites y vanidades de la tierra*, sino de quien lleno de vanidad desea el concepto de espíritu grande, y dominado de la sensualidad quiere sacudir el yugo de la ley que le es contraria. Luego el haber dogmatizado Vanini, mas bien que efecto de *amor puro á sus semejantes*, fué indicio manifiesto de la vanidad de su espíritu y de la corrupcion de su corazon. 3º Vanini á presencia de los jueces, y á la proximidad de los tormentos, no perseveró constante en defender sus doctrinas; antes bien habiéndolas condenado, aunque fuese en apariencia, se ingenió como pudo para evitar el castigo. Luego este mártir del ateismo es una ficcion de Bayle, y aquella heróica probidad que él infiere, y á la que dice son inducidos los hombres por sola la razon, sin el conocimiento expreso de Dios, es una quimera y un delirio. 4º Aunque Vanini aparentase intrepidez, y dijese queria morir como filósofo, viendo cercana la muerte perdió la filosofía, olvidó el sistema, y su valor se trasformó en agitacion, el orgullo en abatimiento y despues en furor. Luego así como este hombre nos ha dado en la corrupcion de sus costumbres un nuevo ejemplo de la mala vida de los impíos; así en los artificios con que intentó evadir el suplicio que le amenazaba, y en las desesperadas agitaciones con que lo sufrió, nos presenta un nuevo argumento de que los incrédulos á la hora de la muerte pierden la fortaleza, y se trasforman en viles y cobardes. Todo esto prueba con evidencia lo que en los antecedentes capítulos habíamos explicado; y es, que no

una metafísica sublime, sino una corrupcion excesiva de costumbres, es el primer *manantial y fuente de la impiedad*; y que en los incrédulos no hay una firme persuasion de entendimiento, sino una vanidad y orgullo, el cual á vista de los peligros se convierte en abatimiento y en vileza.

CAPÍTULO X.

Moral de los deistas y de los naturalistas.

1. *Cuán corrompida deba ser la moral de los Deistas en virtud de su sistema.*

Como al describir la corrompida moral de los filósofos no hemos hecho mencion sino de los ateistas, enemigos declarados de toda Religion, podrá acaso haber ocurrido á alguno la duda de si se debe hacer el mismo juicio de los *deistas*, quienes dicen reconocer un Dios, y tambien de los *naturalistas*, que aunque no crean la revelacion, hacen profesion de seguir los dictámenes de la Religion natural. Podria aumentar esta duda, especialmente en las personas sencillas, el oír las magníficas palabras con que estos filósofos, ya en sus obras, ya en las conversaciones particulares, ensalzan *la probidad, la buena fe, la virtud y buenas costumbres*, sobre todo lo cual forman sin cesar tratados, y se erigen en maestros. Mas todo ello es vanidad é impostura, que no sirve sino para deslumbrar á los incautos, y ocultar el veneno que en sus doctrinas va escondido. Todos estos, en virtud de su sistema, no deben ser mas virtuosos que los ateos. Y para hablar primero de los deistas, que dicen admitir un Dios, pero un Dios ciego, ocioso é impotente, quitándole el conocimiento y el gobierno del mundo, y en especial la vigilancia sobre las acciones humanas para premiarlas ó castigarlas; la cosa habla por sí misma. Porque en efecto, ¿qué motivo tendrán para refrenar las